

Montevideo, 12 de noviembre de 1940.

Señora:

Recién tomo la pluma para dirigirme a Ud. y ya adivino el asombro con que abrirá mi carta.

¿Qué motivos pueden impulsar a este joven? ¿Será un agradecimiento en nombre de sus compañeros, o habrá tenido el atrevimiento de sentirse crítico?

Si pensó así, en algo acertó, aunque no sospecha lo principal.

En realidad, debo apurarme a transmitirle el vivo interés que han despertado los libros tan gentilmente obsequiados por Ud., entre mis compañeros. Este apuro se debe a que dentro de dos días estaré embarcado y al igual que Ram, el mercader de perlas, no sé cuando será el día de mi retorno. Y ya que sin quererlo vino a mi memoria esta hermosa leyenda voy a aprovechar para felicitarla por la maravillosa conclusión a que llega Ud., guiada por un razonamiento que va más allá de la belleza de la forma, como quien no conforme ante el espectáculo tan breves líneas y basado en que todas las hojas de su libro son interesantes por igual, he elegido el original procedimiento de tomar una de ellas al azar.

Con los ojos cerrados mis manos tuvieron las primeras, las últimas y quiso la casualidad que al abrirlas se encontrara frente a mí la número 23.

Creo que uno de sus párrafos puede sintetizar notablemente el tema a que se infiere este capítulo. – “No es la victoria estática, sino la victoria de la acción lo que quiere el espíritu. Y siendo así, es natural que el espíritu se sienta amilanado ante la seguridad de que el tiempo de la acción paralice su acción”.

Estas frases tan certeras, me hacen pensar que tal vez sean la mejor explicación de la angustia que nos invade, cuando pensamos en el más allá como “el tiempo de la verdad”.

Y en esta expresión suya le doy la palabra verdad, del mar, que se sumerge en sus aguas para extraer una perla.

“Es que, en una marcha ascendente, se van así instituyendo unos principios por otros, para llegar a al perfección”.

Aunque sé que mi opinión no tiene ningún valor para Ud., voy a descorrer el velo de misterio, para que aparezca detrás el “motivo principal” de que hablé al principio.

Se trata simplemente de un deseo de justicia muy natural. Y aunque con mi actitud aparentemente nada logre, en el fondo sirve de válvula de escape para un sentimiento que considero noble y por lo tanto no debo reprimir. No sé si Ud. se extrañará; pero siento deseos de decirle la impresión que me causó su libro “Entre líneas” el único que pude leer.

Sin embargo, me es imposible hablar de todo en un significado amplio, el mismo que usa tan bien Krishnamurti.

Llevado por el interés, he llegado a la página 25 y encuentro en ella algo que ya subrayé cuando la primera lectura, porque traduce un concepto amplio no sólo de Dios, sino del Universo.

- “Con refinamiento de sibarita habrá de gozar así el creador, de la sorpresa de la imaginación, de las revelaciones de la subconciencia y de lo que es devenir, o puede aún ser corriente de esperanza”.

Lo estipulado me impide explicarme sobre tan sugeridoras frases, fruto de una inteligencia privilegiada. También debo felicitarla por el libro de su hijo

Hyalmar. Dado el motivo de estas líneas, no es necesario que me refiera a "Los iporas" ya que podré hablar directamente con Hyalmar. Le adelanto que estoy muy asombrado, porque nunca pensé que un poeta tan joven fuera autor de tal epopeya.

Desde hoy tengo nuevos motivos para enorgullecerme de mi patria.

Edgardo Napoléon Genta.